

Esas son las cartas que he entresacado de las once ó doce llegadas á mis manos.

Las publico; las pongo el *Visto Bueno*, y firmo.

Marzo de 1890.



## LA ACADEMIA Y EL SUFRAGIO



Un saludo, ante todo, á la memoria del Sr. D. Luis Fernández Guerra y Orbe—cuyo fallecimiento da ocasión á las presentes líneas;—y después del salu-

do y el correspondiente recuerdo, preguntemos:

¿Con quién reemplazará la Academia Española al autor del estudio sobre D. Juan Ruiz de Alarcón?  
¿Volverá á las andadas? ¿Hará de las suyas?

Probablemente: y el que quiera apostar algo bueno en el futuro *steeple chase* académico, debe decidirse por el candidato más desagradable para la opinión pública.

Podrá ser que el Sanhedrín de la lengua acierte en la elección; pero ha hecho recientemente algunas concesiones á la mayoría de las gentes cultas, y estas concesiones—tan dolorosas para el que se ve obligado á hacerlas como poco agradecidas por el que las obtiene en esa forma—hacen temer la inevitable reacción en el sentido que tanto complace á los académicos de oficio y tanto disgusta á las gentes que todavía tienen la candidez de disgustarse por cosas de tan poco momento.

Hablemos de ellas, no obstante, á falta de asuntos de mayor cuantía.

Cada tropiezo de la Academia de la Lengua—y hay largos períodos en su vida en que cada paso es un tropiezo—da origen al mismo clamoreo:

—¡Abajo la Academia! ¡Que se suprima la Academia! ¡No más académicos!

Como los que dicen en la cuarta plana de los periódicos:

—¡No más calvos!

O bien:

- ¡No más chinches!

Pero así como, á pesar de estas atrevidas negaciones de la razón independiente, no se concluyen las chinches ni los calvos, tampoco se acaban los académicos, cuando la conciencia pública y el común sentir dis-

ponen en su obsequio la inevitable *reprise* del sainete ¡Fuera!

Ellos siguen dentro; dentro del queso, como el ratón de la fábula. En lo cual hacen bien, por de pronto; y hacen mal, mirando al porvenir, porque el día menos pensado surge en el Ministerio de Fomento un Micifuz ó un Marramaquiz que se engulle el ratón y se apodera del queso, no sin pasarlo antes por el Laboratorio municipal, para ver si es de recibo.

La necesidad de la Academia es indiscutible... porque no hay tal necesidad.

Ahora, la conveniencia de que haya Academia ya es otra cosa. Eso sí que se puede discutir; y si se me concede un turno en la discusión, desde luego afirmo que he de ser más generoso que el portugués del cuento. Aunque no me saque del pozo, perdono la vida á la Academia.

Que viva, pues, la gallina, y no digo con su pepita, porque la pepita acaba por matar.

Toda institución que no se transforma y se renueva, perece.

Las instituciones que más interés y empeño tienen en parecer inmutables é intangibles, el Altar y el Trono, han debido obedecer esa ley. Solamente los depositarios del "saber oficial," (¡qué absurdo tan

colosal se encierra en estas dos palabras!) se obstinan en tomar en serio, para su uso particular, el *Noli me tangere*.

Y esa es la pepita de la gallina académica. Si quiere la "docta Corporación," curarse de ella, no tiene más remedio que acudir á la farmacopea novísima y á sus últimos adelantos.

¿Por qué, en vez de elegir la Academia por sí misma á los académicos nuevos, no reconoce ese derecho á quien verdaderamente lo posee, á la opinión de las gentes cultas?

La idea de elegir los académicos por sufragio—dado que convenga seguir teniendo académicos—no es de mi propiedad exclusiva.

No há mucho daba Augusto Vacquerie, poeta brillante, polemista elocuente y periodista respetadísimo, sendas razones que le impedían, á pesar de sus títulos, ser diputado, senador, ni académico.

Acerca de este último punto, decía el amigo íntimo de Víctor Hugo á un periodista parisiense:

—He combatido siempre á la Academia, porque no admito que una asamblea, cualquiera que sea, escoja y reclute sus miembros por sí misma, y atribuyéndose el gratuito privilegio de encerrar en su seno las

personalidades más ilustres de Francia, pronuncie por cuenta propia el *dignus est intrare* en favor del candidato que elige ella misma, y en cuya elección median las intrigas, tapujos y trampantojos antes que los méritos reales y efectivos.

Si habla así Vacquerie de la Academia francesa, ¿qué diría de la Academia española?

La autoridad no se obtiene en nuestros tiempos por el *ego sum qui sum*, sino por la designación y el asentimiento de todos.

Todos, pues, deben señalar y escoger al que ha de representar la cultura general y la pública ilustración en su nivel más alto, si se quiere que esos aréopagos signifiquen algo en la vida moderna y dejen de ser lo que son hoy: cosa de cofradía y compadrazgo, cuando no de secta y monipodio.

Claro es que no se trata de una aplicación más del sufragio universal, sino del restringido. Tan restringido, que solamente lo ejercerían los individuos de los centros literarios y científicos, los ciudadanos con título académico, pero adscritos á un colegio ó corporación, y... los que ya lo ejercen ahora.

Pero, vamos, algo habría que conceder al resto de los humanos, y en su representación bien podrían votar (¡estremézcanse

los académicos del montón) los alumnos de último año de las facultades universitarias y de las escuelas especiales.

Ni Castelar, ni Campoamor, ni Núñez de Arce, ni Valera, ni Alarcón, ni Echegaray, ni Zorrilla, ni Castro y Serrano, ni Galdós, ni el propio Marcelino, ni el mismísimo Tamayo, recusarían semejante sistema de elección.

¡La tendrían tan segura!...

Cuanto á los otros, ni el benemérito Romero Robledo los sacaría adelante.

La que hoy les vale es la Bula.

Marzo de 1890.



## SALIDA Á NUESTROS PRODUCTOS

**S**E nos ofrece una maravillosa ocasión para darla, y hay que aprovechar esa ocasión.

Nuestro comercio de exportación está muy en baja; el de importación, en cambio, crece y se nos lleva las pocas pesetas que quedan de la última promoción; Gamazo levanta la bandera de *the struggle for garbanzy*...

¿Cómo remediar este estado de cosas?

En verdad, en verdad os digo, mis queridos economistas, que para "orientaros," en esta cuestión debéis "occidentaros."

Las leyes de nuestro sistema planetario están llamadas á falsearse una vez más, y así como en tiempo de Voltaire la luz vino del Norte, ahora debe venir la "luz," del Occidente.

—¿Qué son para nosotros cinco ó seis millones de duros más ó menos?

Esa admirable frase pronunciada en el Ayuntamiento de Chicago, con motivo de los festejos que se propone celebrar en 1892 para conmemorar el descubrimiento de América, ha deslumbrado á la vieja Europa; y si no ha deslumbrado á la vetusta España, es porque aquí hay Ayuntamientos que dan quince y falta al de Chicago.

Basta pasar por ellos para salir convertido en un rey Midas—todo oro y todo orejas;—y cuando con sólo pasar se logran tan estupendas y mágicas transformaciones, ¿qué de riquezas y tesoros no habrá dentro de esas prodigiosas cavernas de Alí-Babá?

Pero es dado á muy pocos bañarse en esta clase de Pactolos, y á los demás no nos llega ni un maravedí.

Ese maravedí (pues no tiene más importancia para la metrópoli del lago Michigán

una suma de cinco ó seis millones de duros más ó menos), ese maravedí nos le ofrece la ciudad de Chicago.

¡Vamos por él!

Allí hay tocino y dinero; pero no hay literatos ni artistas, cuyos talentos son indispensables para el género de fiestas con que se trata de solemnizar el gran Centenario.

Hasta ahora, lo único que se les ha ocurrido á aquellos estimables *yankees* ha sido encargar á Verdi una ópera titulada *Colón*, compuesta expresamente para ellos, y en la cual se representen y canten los principales episodios de la vida del insigne navegante.

¿Creen que Verdi está ahora como hace veinte años, cuando compuso *Aida*, por encargo del jetife de Egipto?

Y aunque el célebre maestro estuviese como entonces, ¿creen que había de gustarles el *Colón* que les hiciera?

Los habitantes del resto de los Estados Unidos, que saben á qué atenerse respecto de los gustos artísticos y literarios de Chicago, se han mofado en grande del encargo consabido, y un periódico, *The New York Times*, ha supuesto que la petición se habrá hecho á Verdi en estilo mercantil, diciéndole, por ejemplo:

“Embarque por primer vapor una ópera; asunto, *Colón*, con los personajes y letra anotados al margen. No deberá exceder de doce yardas de largo y ser de primera calidad. Avísenos la fecha de embarque. Suyos: Fulano de Tal y Compañía.”

Mófense cuanto quieran los neo-yorkinos de encargos por ese estilo; pero conste que si en Madrid se hubiera recibido uno así, ¡lo habríamos tomado muy en serio!

Porque, ya se sabe; *para cuellos postizos, Paracuellos*: y para arte hecho á la medida, nuestra gloriosa villa y corte.

¿Quieren en Chicago un *Colón* nuevo y divertido, amenizado con los indios de Buffalo Bill y sus bisontes, los alaridos de los bípedos y los mugidos de los cuadrúpedos, unido todo ello al rechinar de las cadenas del gran marino y al sonar de las castañuelas de los Reyes Católicos?

Pues no tienen más que dirigirse á cualesquiera de los autores por parejas que “operan” en Madrid, y se les hincharán las medidas á los de Chicago.

Quedarán pasmados ante lo que aquí se inventa y lo “chicagueado”, que está el gusto entre nosotros.

No volverán en sí cuando vean las carabelas de Colón, personificadas por unas

cuantas buenas mozas con poca ropa y muchas carnes, que saldrán cantando:

Aquí están las carabelas  
del intrépido Colón;  
el que se embarca en nosotras  
corre un peligro feroz;  
pero sin riesgo  
salir podrá,  
si conoce la aguja  
de marear.

—Yo soy la Pinta,  
y ¡olé!

—Yo soy la Niña,  
y ¡olé!

Y así sucesivamente, hasta que los espectadores, atónitos ya y mudos de asombro, recobren los espíritus, y desde el estupor pasen al entusiasmo más frenético, cuando vean en el cuadro final el desfile alegórico y fantástico de los productos de América, ocupando por de contado el puesto de honor nada menos que el *tocino de Chicago*, ante el cual harán pleitesía y acatamiento seis toros de D. Cristóbal Colón, duque de Veragua, capitaneados por el cabestro *Caminante*.

Con esto y una apoteosis á la moda de las de acá, ¿para qué echar mano de Verdi?

Si quieren músicos, se los remitiremos de todos tamaños, que así ponen en solfa el

estruendo de las cataratas del Niágara como el sibido de las culebras de cascabel, y así hacen "arrancarse," con un tango á fray Bartolomé de las Casas como "sacan," un drama lírico de la vida y muerte de Abraham Lincoln.

¿Necesitan pintores?

Por docenas los hay, que pintarán lienzos y más lienzos, de á quinientos metros de altura por un kilómetro de anchura, cada uno de los cuales, por la inmensidad de la concepción y lo exorbitante de la factura, pueda eclipsar á *El Pasma de Sicilia*, viniendo á ser *El Pasma de Chicago*.

¿Historiógrafos?

Pues les enviaremos cuantos quieran de los que convierten la nieve más blanca en el más negro betún: y en cuanto se les conozca por allá, retiran los *yankees* y dan por no escrita la andaluzada aquella de que, gracias á Washington Irving, "tiene la América del Norte, en un solo hombre, su Robertson, su Goldsmith y su Adisson."

¿Oradores?

¡Vayan allá, á deslumbrar la gente de Chicago, los de las maravillosas síntesis y las espléndidas evocaciones!

¿Poetas?

¡Bien se puede cambiar por el tocino de Chicago nuestro *tocino del cielo!*

Demos salida, pues, á estos productos nacionales, que están haciendo allí muchísima falta, y vengan los millones de dollars y las salazones de cerdo.

Y no teman los *yankees* que los autores que les mandemos vayan allí á imponer el idioma castellano.

No lo saben.

Marzo de 1890.

